

“En el currículo central de Columbia ya no se enseña ni un solo libro de pensamiento conservador. Sacaron *Reflexiones sobre la Revolución en Francia*, de Burke, que era parte del programa del segundo año. En ese sentido, la academia está actuando en una burbuja ideológica”.

Considerado uno de los más ilustres representantes

del pensamiento liberal en la academia norteamericana, con estudios en Harvard y dos décadas de enseñanza en la universidad de Columbia, multipremiado por su trabajo intelectual y poseedor de una rara habilidad para iluminar preguntas que no siempre encuentran las respuestas deseadas, Mark Lilla se impone una sola limitación: “Hice un voto: nadie mayor de 65 años debería hablar sobre inteligencia artificial. Es un tema muy preocupante, y cuando los departamentos académicos intentan abordarlo, el resultado es poco satisfactorio. Pero bueno, mi hija y su generación tendrán que lidiar con eso”, dice Lilla, quien a sus 68 continúa indagando con sus propias herramientas en el cuarto oscuro de las ideas y sus manifestaciones en el campo de la política, la religión y la filosofía, por nombrar algunas puntas de sus numerosos libros sobre el pensamiento liberal y sus perplejidades.

El más reciente de ellos, *Ignorance and Bliss* (cuya traducción al castellano aparecerá a fines de este año en Debate), habla precisamente del deseo por conocer que se resuelve en su contrario: el deseo de no saber, de ignorar a voluntad unas verdades que Prometeo se podría haber evitado en su lucha con los dioses. Hombre de voz pausada y una cierta timidez, Lilla está en los opuestos de la bravuconería mediática impuesta por la llegada de Donald Trump a un segundo mandato. Ello no le impide la severidad de juicio: crítico de la conducción del Partido Demócrata, distante de la cultura autocomplaciente de la academia, y opuesto tanto a las políticas de identidad en la izquierda como a la refundación populista del movimiento MAGA, Lilla dice estar harto de “las nobles derrotas”. En el diálogo que sigue, llevado a cabo en un café del Midtown de Manhattan donde tiene su residencia, Lilla deja en claro por qué los ideales liberales en defensa de la democracia constituyen el blanco principal de los nuevos inquilinos de la Casa Blanca.

—Da la impresión de que Estados Unidos está cada día más cerca de América Latina con el auge de gobernantes autocráticos y el colapso institucional... ¿Cuál es la imagen de este segundo mandato de Trump?

— Bueno, creo que en este momento uno puede imaginar a Estados Unidos como si entraras a una tienda de ropa, encontraras un traje de “caudillo”, y te lo probaras a ver cómo te queda. Todo esto es un proceso de prueba y error, hay muchas cosas que están ocurriendo y no tienen precedentes. La estrategia de Trump siempre ha sido, desde que estaba en los negocios de bienes raíces en Nueva York, hacer lo que le diera la gana y luego desafiar a la gente a demandarlo. Pasó una buena parte de su tiempo en litigios. No le teme a la ley y no tiene noción de lo que es la impunidad. Así que va a intentar todo lo que se le ocurra o le sugieran hacer, a ver cuánto de ello se mantiene.

— ¿Lo consideras un gobernante autoritario?

— Aún no. Trump es un demócrata populista, y lo que los demócratas populistas creen es que representan al pueblo, pero no todos forman parte de ese pueblo. Por ahora, la estrategia parece ser la de pujar hasta donde se pueda sin consecuencias mayores. Sin duda, dentro de un año podríamos estar en una situación completamente diferente. El verdadero peligro está en la política exterior, porque no hay controles sobre el poder del Presidente en ese ámbito. Tanto la posición sobre Ucrania como en relación con Europa constituyen un giro de 180 grados en la política estadounidense.

— Muchísima gente, tanto en Estados Unidos como en el extranjero, se pregunta cuál es la respuesta del pensamiento liberal y de las instituciones democráticas frente a este segundo mandato de un Trump vestido para matar. ¿Cuál es tu posición al respecto?

— Es un hecho que el antiliberalismo está dominando al Partido Republicano. Cuando entrevistas a personas que votaron por Trump, un número sorprendente está dispuesto a considerar la idea de un gobierno militar. No sabemos si lo dicen por fanfarronería o si realmente lo piensan. Es algo sin precedentes, y una parte clave de esta historia es la desaparición del pensamiento conservador. Trump ha empujado a la mayoría de los que antes se consideraban conservadores hacia una posición reaccionaria e incluso autoritaria. El conservadurismo clásico, como el que propuso Edmund Burke, ya no se lee ni se admite. En su lugar tenemos una derecha trumpista, que es una especie de revolución reaccionaria, y una izquierda bastante extrema, enfocada en temas poco convencionales como los derechos transgénero. En el medio están los liberales, que no forman parte de esa izquierda juvenil, y unos pocos conservadores de antaño que se estén volviendo liberales.

— En una entrevista con David Remnick, tras la primera elección de Trump en 2017, estuviste de acuerdo con Steve Bannon, el ideólogo del movimiento MAGA, cuando decía que los republicanos tendrían a los demócratas en la palma de la mano y los aplastarían sin piedad mientras siguieran hablando de racismo, colonialismo y baños transgénero. ¿Mantienes esa afirmación?

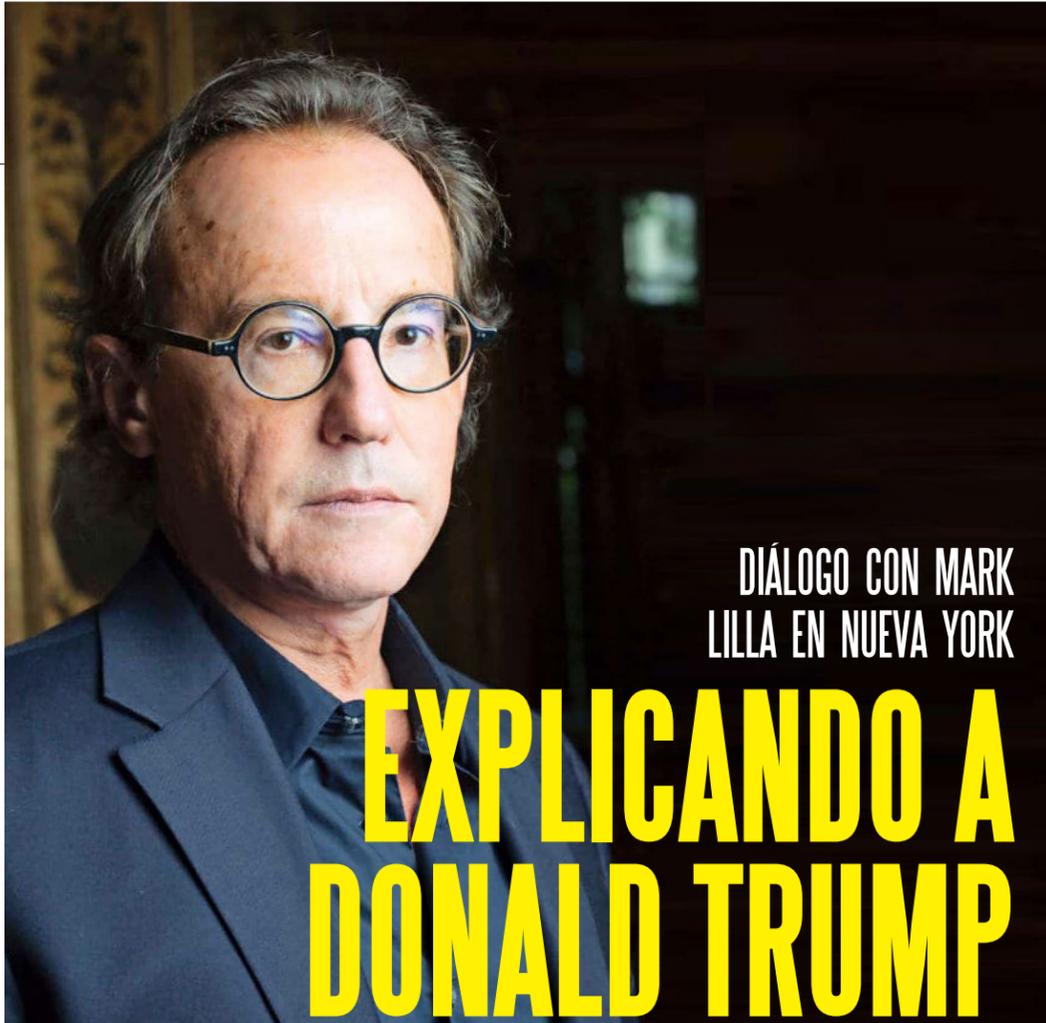
— Hay muchas cosas que se han dicho, y depende de qué tanto retrocedamos en el tiempo. El gran cambio en el Partido Demócrata comenzó en 1972, tras la Guerra de Vietnam y la elección de Richard Nixon, cuando el partido se reorganizó y convirtió en uno que intentaba abarcar a la mayor cantidad de gente posible en lugar de centrarse en un solo tema. Además, había figuras de autoridad dentro del partido, con una gran influencia en la nominación de candidatos. Después el partido se fragmentó en una variedad de grupos de interés, cada uno enfocado en su propia causa, todas nobles y serias, pero donde cada una terminaba yendo en su propia dirección, sin una visión unificadora. Las campañas presidenciales dejaron de ser asunto del partido y pasaron a ser protagonizadas por candidatos individuales que recaudaban su propio dinero. De modo que teníamos una organización fragmentada y una mentalidad fragmentada. Dentro de esa estructura, era muy difícil argumentar en favor del bien común, porque había candidatos rivales y personas comprometidas con temas particulares, pero sin una idea clara de qué es el bien común y cómo lograrlo juntos. Me gusta decir que el Partido Republicano, desde Reagan, ha tenido una causa, mientras que el Partido Demócrata es el partido de las causas. Y esa es una distinción importante.

— ¿Te sorprendió la victoria de Trump en noviembre?

— Para nada. Lo esperaba.

— ¿De verdad? ¿Por qué?

— Porque los demócratas no presionaron las teclas adecuadas para conectar con la gente. El hecho es que mucha gente de clase media y clase media baja, sin estudios universitarios, no ve al Partido Demócrata como algo propio. Para ellos ser demócrata significa ser elitista. Kamala Harris, igual que Barack Obama y Hillary Clinton, se ven muy bien, hablan muy bien, son muy cuidadosos con lo que dicen, y no transmiten la sensación de compartir la misma vida que la gente común. En cambio, Trump representa una vida de fantasía para ellos. Alguien dijo una vez que Trump es la idea que un pobre tiene de un hombre rico. Esa imagen mental es lo que importa y lo que emociona a la gente.



DIÁLOGO CON MARK LILLA EN NUEVA YORK

EXPLICANDO A DONALD TRUMP

CHRISTOPHE DELLOREY

Considerado uno de los más ilustres representantes del pensamiento liberal en la academia norteamericana, con dos décadas de enseñanza en la universidad de Columbia y multipremiado por su trabajo intelectual, Lilla analiza aquí la Norteamérica de Trump en una conversación para “Sábado” con el escritor chileno Roberto Brodsky. “Él es un demócrata populista, y lo que los demócratas populistas creen es que representan al pueblo, pero no todos forman parte de ese pueblo”, dice. Y agrega: “Si tuviera que hacer una apuesta, diría que los ‘tech bros’ no van a durar mucho”.

— En una entrevista reciente, Bannon apuntó sobre la batalla que se avecina dentro de la administración de Trump, entre los tecnócratas de Silicon Valley y el movimiento MAGA. Con los demócratas ya fuera de la foto, ¿qué perspectiva tiene esa batalla?

— Si tuviera que hacer una apuesta, diría que los *tech bros* no van a durar mucho. Muchas de las cosas que Musk ha querido hacer afectan directamente a los congresistas y senadores en sus distritos, y ya están recibiendo quejas de su gente. Con el tiempo, la pérdida de financiamiento federal y los recortes van a comenzar a afectar directamente la vida de muchos pueblos universitarios del medio oeste, y habrá mucha frustración. Ahora bien, si diera una interpretación maquiavélica de lo que está haciendo Trump —y no tengo idea de si es realmente el caso—, diría que, en primer lugar, ha traído a estas personas para usarlas y que hagan el trabajo sucio de la agenda. En segundo lugar, para que absorban las críticas. Y en tercer lugar, para deshacerse de ellos cuando le convenga, quedando él intacto.

— Has aludido muchas veces a la necesidad de unirse para construir un sentido común y una política común, en lugar de resaltar las identidades culturales, enfatizando que el liderazgo tiene que asumir esa tarea. ¿Pero no será que el verdadero liderazgo nacional está en las manos de Trump más que en las de los demócratas?

— En parte, y esto se debe a lo que mencioné antes: después de 1972, el Partido Demócrata se convirtió en una colección de personas dedicadas a múltiples temas, sin una figura unificadora con suficiente carisma para ser considerada también la cabeza del partido. Entre los demócratas no ha habido una verdadera transferencia de autoridad y carisma hacia una sola persona. Y la desafiación no es solo una reacción rebelde: incluso los latinos y los afroamericanos votaron por Trump. Entonces, ¿cuál es la salida? ¿Cómo corregimos el rumbo? Lo que hace aún más compleja la situación es que, cuando la derecha habla de los demócratas, no se refiere a los políticos en Washington. Se refiere a profesores, periodistas, guionistas de Hollywood y todas las personas que, según ellos, controlan la cultura. Y nadie puede rebatir esas acusaciones. Tendríamos que educar a toda una nueva generación para reconectar con el vasto centro del país y persuadirlos de que estamos de su lado. Sin embargo, dada la estructura actual de las universidades, donde las facultades se replican a sí mismas, las posibilidades son pocas. En el currículo central de Columbia ya no se enseña ni un solo libro de pensamiento conservador. Sacaron *Reflexiones sobre la Revolución en Francia*, de Burke, que era parte del programa del segundo año. En ese sentido, la academia está actuando en una burbuja ideológica.

— ¿Crees que la academia abandonó su propia misión?

— Depende de la universidad, pero uno de los problemas con DEI (Diversity, Equity and Inclusion) es que se convirtió en un proyecto burocrático. Se envió el mensaje de que el propósito de la universidad es transformar la sociedad, en lugar de proporcionar una educación que permita a los estudiantes salir al mundo y engrandecerlo. La cultura interna de la universidad tiene muy poca relación con la cultura externa que la rodea.

— Richard Rorty hizo esta afirmación a finales de los años 90, señalando que la izquierda estaba evolucionando hacia una política de identidad cultural, pero no hacia una política en sí misma. Él diferenciaba entre hacer política de identidad y hacer política.

— Sí, la primera es una acción simbólica, no el arte democrático de persuadir a la gente.

— ¿Cómo viviste las protestas propalestinas en Columbia en 2024? ¿Cuál es tu posición sobre la tensión entre la libertad de expresión y la rendición de cuentas respecto al antisemitismo?

— Todo el asunto fue exagerado. ¿Fuiste a Columbia en ese período?

— No.

— Deberías haber ido. Y habrías visto que muy poca gente realmente participó en ello. Estaban los que hacían campamento y los que estaban fuera de las puertas del campus. La mayoría de las escenas terribles —de hecho, creo que todas menos una— ocurrieron fuera de la universidad. Eso no quedaba nada claro en las imágenes que mostró la prensa. Parecía que eran los propios estudiantes los que se gritaban entre ellos, pero en realidad los manifestantes más extremos estaban afuera y el lugar se convirtió en un imán para todo tipo de agitadores. A partir de ahí, la protesta se convirtió en un espectáculo, una puesta en escena.

— ¿Consideraste exagerada la rendición de cuentas ante el Congreso por parte de los representantes de las universidades de Pensilvania y Harvard, por ejemplo?

— No. Su problema fue que, durante décadas, habían estado regulando el discurso ofensivo con excesiva rigidez, reaccionando de forma exagerada ante cualquier comentario vagamente considerado racista. Despidieron a profesores por leer *Las aventuras de Huckleberry Finn* en clase o por mostrar películas de DW. Griffith. De repente, los estudiantes empezaron a escuchar cosas que les resultaban ofensivas —ya sea en las protestas o en clase— y no sintieron la misma protección que antes. Así que se volvió admisible decir cosas sobre los sionistas y los judíos que en otros casos no habrían sido toleradas. Entonces quedaron atrapados en su propia inconsistencia.

— En tu libro *Ignorance and Bliss* retratas en detalle a Edipo y su particular deseo de saber y no saber al mismo tiempo lo que ha hecho, con múltiples referencias literarias a su ceguera. ¿Por qué encuentras más inspiración en fuentes literarias que filosóficas al hablar de la ignorancia?

— Bueno, en realidad es un libro sobre la psicología humana, sobre nuestra relación con la capacidad de saber o no saber, tal como lo menciono en la introducción. Los filósofos, en general, han ignorado esta dimensión psicológica. Yo tomé esa dirección para resaltar algunos de los problemas filosóficos implicados en este fenómeno.

— Pero el lector llega a tener la sensación de que la dicha verdadera está del lado de Dostoievski, Kafka, Wallace Stevens, e incluso de James Baldwin y Houellebecq. La felicidad está allí, y la ignorancia se encuentra más en el lado de esas ideas abstractas que intentan definir un objeto central de caracterización.

— Mi intención es proponer un ejercicio en el que, de pronto, se abre una puerta y el lector penetra en ella y se da cuenta: Wow, nunca había pensado en esto. Y luego otra puerta: Tampoco había pensado en aquello. Mi esperanza es que el libro revele al lector a sí mismo. Y la manera de hacerlo es coreografiar, en cierto sentido, un encuentro con distintas cuestiones filosóficas que se encarnan y se desarrollan en algunas obras literarias. La idea es que las personas terminen el libro reconociendo su propia voluntad de ignorancia como una acción, pero también comprendiendo que esto funciona en todos nosotros, que siempre hay una tensión interna. Y que algunas expresiones de la voluntad de ignorancia son saludables, porque las necesitamos para seguir adelante. S

“Si diera una interpretación maquiavélica de lo que está haciendo Trump —y no tengo idea de si es realmente el caso—, diría que, en primer lugar, ha traído a estas personas (los ‘tech bros’ como Musk) para usarlas y que hagan el trabajo sucio de la agenda”.